



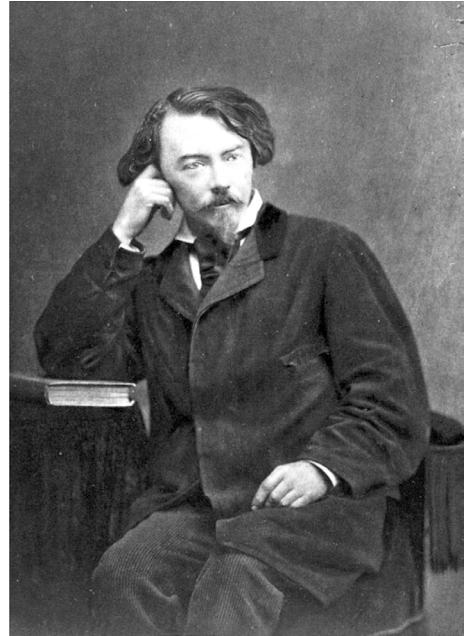
# Villiers de l'Isle Adam (1838-1889)

*Villiers de l'Isle Adam (1838-1889)*

## ■ Nota de la Redacción

■ En Bretaña, en la localidad de Saint-Brieuc, nació el 7 de noviembre de 1838 Jean-Marie-Matthias-Philippe-Auguste de Villiers de l'Isle Adam, conde de Villiers de l'Isle Adam, uno de los nombres propios de la literatura francesa. Descendía de una de las familias aristocráticas de mayor abolengo de ese país, ya que uno de sus antepasados había sido Mariscal de Francia durante el reinado de Juan sin Miedo (1371-1419); y otro, Philippe Villiers de l'Isle Adam, Gran Maestre de la Orden de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, había defendido Rodas del asedio de los 200.000 turcos de Suleimán durante todo 1521; en reconocimiento de la gesta el Emperador Carlos I de España concedió la isla de Malta a dicha Orden, en adelante llamada de los Caballeros de Malta.

Como ocurre con frecuencia, las posesiones de la familia se habían ido evaporando con los años y en el siglo XIX apenas si les quedaba el apellido. El padre del literato, el excéntrico marqués Joseph-Toussaint de Villiers, casado con Marie Françoise le Nepvou de Carfort, dilapidó los últimos flecos de su fortuna. Creyendo que en el castillo de la familia próximo a Saint-Brieuc se ocultaba un tesoro escondido durante la Revolución Francesa, había



Villiers de l'Isle Adam (1886), autor desconocido (cortesía de Wikimedia Commons).

ido consumiendo sus recursos haciendo excavaciones buscándolo, obviamente sin éxito... pero imbuido de una visión aristocrática del mundo y convencido de que era millonario.

Hijo único, Villiers tuvo a los siete años una experiencia inolvidable: se perdió mientras paseaba con su *nurse* por los alrededores de Saint-Brieuc. Fue recogido por una pandilla de saltimbanquis que pensaron pedir un rescate por él. Le trataron con afecto y pocos días más tarde fueron localizados en el puerto de Brest. Allí los encontró el marqués que, exultante de alegría cuando vio el buen estado de su hijo, desestimó denunciarlos. Pasado el tiempo, el protagonista contó este suceso ilustrándolo con todo lujo de detalles... imaginarios. Unos días se convirtieron en dos años; el camino de Saint-Brieuc a Brest se transformó en un viaje por Alemania e Italia; la recuperación por su padre, en todo un rescate por un caballero húngaro y la vuelta a casa, en un viaje acompañado por una bella gitana descendiente de reyes.

Villiers recibió una esmerada educación en Vannes y Rennes, demostrando desde muy pronto gusto por la naturaleza, las letras y la música. Tocaba bien el piano, criaba pájaros, leía y fijaba todo lo que leía. Escribió relatos desde muy pronto y según su primo y biógrafo, el vizconde Robert du Pontavice de Heussey, destacó por su prodigiosa imaginación y extraordinaria retentiva, siendo capaz de recitar largos textos de memoria. El poema que con 17 años escribió a la muerte de la joven de la misma edad de la que estaba enamorado, causó una profunda impresión en los que lo leyeron. Comenzaba así: «Silencieux vallon; cela n'était qu'un rêve, / un songe radieux qui maintenant s'acheve / Et ne laisse après de lui qu'un amer souvenir... / Ne me demandez pas qu'elle est devenue, / la pauvre jeune fille en ce monde venue pour consoler et pour mourir...»<sup>\*</sup>.

Pero, cuando Villiers tenía ocho años, la economía familiar quebró y la situación hubiera sido desesperada de no ser por el socorro que les prestó su madrina y tía-abuela Danièle de Kérinou. Ésta, sensata y con un buen pasar, pagó las deudas del marqués, se hizo con las riendas de su economía y les mantuvo durante 25 años.

La familia se trasladó a los alrededores de París en 1858 y su tía, sabedora de su afición y dotación, le dio algún dinero para que pudiera vivir en la capital y entrara en los círculos literarios.

Ocupó un apartamento bien amueblado, en el que hasta tenía un piano, en la Rue Saint Honoré. Nada menos que en París: el Olimpo donde escribían Víctor Hugo (1802-85), Alfred de Vigny (1797-1863), Honoré de Balzac (1799-1850), Alfred de Musset (1810-57), Théophile Gautier (1811-72), Charles Marie Leconte de Lisle (1818-94), Charles Baudelaire (1821-67), Alphonse Daudet (1840-1897), Émile Zola (1840-1902), Stephan Mallarmé (1842-98), Paul Verlaine (1844-96), Guy de Maupassant (1850-93), Arthur Rimbaud (1854-91) o Jules Verne (1828-1905).

Villiers tenía poco más de 20 años cuando conoció a Baudelaire en La Revue

\* ¡Valle silencioso! Sólo era un sueño / un radiante sueño que ahora termina / Y no deja tras él más que un amargo recuerdo... No me preguntéis en qué se ha convertido, / la pobre joven venida a este mundo a consolar y morir...

Fantaisiste, y gracias a él leyó la obra de Poe (1809-1849), traducida al francés por el autor de *Las flores del mal*. Éste, además, le presentó a Richard Wagner (1813-1883), uno de sus modelos artísticos, y los tres compartieron largas conversaciones bajo el cielo de París.

Vivió a fondo la bohemia de la Ciudad Luz, pero nunca se le vio ebrio. Calamitoso en lo económico, habitualmente corto de recursos, sobrevivió recitando poesía y prosa en los cafés. Con la entonación y capacidad de evocación de sus palabras era capaz de silenciar y embelesar al auditorio. No sorprende que se ganara fama de gran declamador y la admiración del propio Baudelaire. A la vez, escribía, corregía y reescribía sobre cualquier papel que tuviera a mano y solía llevar atiborrados los bolsillos del abrigo con los frutos de su imaginación. Inocente y confiado, más de una vez fue víctima de rúbulas ladrones de ideas que publicaron como propios relatos suyos creados y contados sobre la marcha en cualquier tertulia.

En 1858 publicó *Dos ensayos de poesía*, sólo quince páginas que firmó como «Conde A. Villiers de l'Isle-Adam» y, en 1859, en Lyon, sus *Primeras poesías*, obras que pasaron inadvertidas. Por entonces empezó a convivir con Louise Dyonnet, mujer de dudosa reputación y motivo de más de una agria discusión con su familia, católica-romana hasta la médula, por lo que Villiers, también católico pero a su manera, hubo de dejar París para retirarse a Solesmes durante un tiempo. (Esa relación duró cinco años y tampoco prosperaron sus conatos de noviazgo con una hija del bohemio Gautier, ni con Anna Eyre Powell, rica heredera inglesa. Finalmente, en 1879 inició su relación con Marie Dantine, pobre mujer analfabeta, viuda de un cochero, con la que en 1881 tuvo un hijo, Víctor, y con la que, casi *in articulo mortis*, matrimonió en 1889).

*Isis*, novela publicada en 1862 no tuvo éxito y tanto *Elena* (drama en tres actos, 1865) como *Morgana* (drama en cinco actos, 1866) fueron rechazadas por los empresarios. Fueron tiempos precarios en lo económico, sí, pero, orgulloso de su linaje, no lo fueron de duda en cuanto a sí mismo. Despreciaba el dinero, pero creía en su herencia aristocrática, en su nombre y su talento. Para él la Historia se había detenido en 1789 cuando la Revolución Francesa había hecho que la nobleza perdiera su preeminencia en favor de la burguesía, y debió ser entonces cuando cristalizó su animadversión con rasgos de resentimiento hacia esa clase social.

Como ejemplo de su desorientación vital, en 1863 fue víctima de una broma cruel, probablemente urdida por Gautier, colaborador de varios diarios de París. El Trono de Grecia se encontraba vacante y las naciones que ejercían el Protectorado (Rusia, Inglaterra y Francia) debían elegir quién debía ocuparlo. Acordaron que fuera Napoleón III quien lo decidiera y en un diario parisino apareció la noticia de que uno de los posibles candidatos era «un gran señor francés, conocido en los círculos más influyentes de la capital: el Conde Philippe-Auguste de Villiers de l'Isle Adam...» La bola rodó, el aludido creyó el bulo a pies juntillas, en los periódicos aparecieron cartas al director apoyando su candidatura y, sólo por guardar las apariencias, se acordó una entrevista en las Tullerías. Gautier alentó el engaño

y convenció a Villiers de que no debía aceptar hablar con nadie, sino directamente con el Emperador. A duras penas logró a crédito los francos con los que adquirir una indumentaria adecuada para la entrevista. Cuando accedió al Palacio fue recibido por el Duque de Bassano, al que rechazó como interlocutor. Éste observó al instante lo desnortado que estaba Villiers y a los pocos minutos le despidió con tanta delicadeza como energía por una puerta lateral. Gautier negó haber sido el autor de la chanza y Villiers siempre creyó que una vez había podido ser Rey de Grecia.

En 1864 conoció a Mallarmé, con quien tuvo una estrecha amistad hasta el fin de sus días. Gracias a su apoyo, en 1867 fue nombrado redactor jefe de la *Revue des Lettres et des Arts*, publicación semanal en la que colaboraban Verlaine, Alejandro Dumas, los hermanos Edmond y Jules Goncourt y el propio Mallarmé. En ella y en *Le Parnasse Contemporain* publicó sus primeros *cuentos crueles*, inicialmente denominados *Historias sombrías: Cuento de amor* (1866), *Claire Lenoir (Tribulat Bonhomet*, 1867) y *El intersigno* (1868), relatos excelentes en los que en algunos se percibe la influencia de Poe, pero que pasaron desapercibidos. Esas 28 narraciones (entre las que cabe destacar *El invitado desconocido*, *Virginia y Paul*, *El tratamiento del doctor Tristán*, *Narración triste*, *narrador aún más sombrío*, *La mejor cena del mundo*, *Las señoritas de Bienfilâtre*, *El deseo de ser un hombre*, *El aparato del doctor Abeja E.E. para el análisis químico del último suspiro*, *El Duque de Portland* o *Los salteadores de caminos*, hasta el último, *Maryelle*, fueron apareciendo a lo largo de 17 años en diferentes diarios y revistas antes de ser recopilados y editados como libro: *Cuentos Crueles* (Calman-Lévy; París, 1883).

Villiers desarrolló en esos *Cuentos* una filosofía de idealismo exacerbado, a la par que su venganza con puntos de ironía y toques de humor perverso contra una burguesía a la que veía tan ignorante como soberbia; tan ramplona y codiciosa como carente de cualquier vestigio de altura o de nobleza. En ellos desenmascaró y caricaturizó todo un muestrario de hipocresía, de cinismo y de mentira; del dinero como símbolo del mal e infinito poder de corrupción; y, a la vez, la muerte de la nobleza y los valores espirituales; todo aderezado con toques de misantropía y sarcasmo que en más de una ocasión estremecen o incomodan al lector. Y frente a ello, su decidida defensa de la supremacía de los ideales y la altura del espíritu, que llevan al sacrificio por el honor... o el amor. Como escribió su amigo el novelista Joris Karl Huysmans (1848-1907), «nadie como Villiers es capaz de alternar la broma y la crudeza... Su ingenio es como un puñetazo fulgurante dirigido al cerebro».

Recordemos, sólo como ejemplo, tres de estos relatos. Así, las últimas y conmovedoras líneas de *El Duque de Portland*, en el que un noble leproso debía, por su enfermedad, apartarse de su amada: «¡Adiós, juventud, resplandor del viejo nombre, mi amada prometida, prosperidad del linaje! —¡Adiós, fuerzas, alegrías, fortuna incalculable, belleza, porvenir! Toda esperanza había sido engullida por un apretón de manos...». En *Las señoritas de Bienfilâtre*, Villiers tomó como protagonistas a dos hermanas, Olimpo y Henriette, izas de cierto prestigio cuyo lema era «célérité, sécurité, discrétion»; mujeres formales, «cerraban el domingo», que, como ejemplo

de la buena educación recibida, decían con frecuencia «Dios bendice nuestros esfuerzos» y que gozaban del respeto familiar y social. Todo iba sobre ruedas hasta que una de ellas se enamoraba y por amor se rehabilitaba. Cuando quebraba el «negocio», su padre, irritado, insultaba al hombre que iba a rescatar a su hija. Y, cómo no, *La mejor cena del mundo*, cáustico relato en el que, después de pasar revista a las fuerzas vivas de la sociedad (rentistas, banqueros, notarios, médicos, propietarios, abogados, negociantes) siempre pendientes de su bolsa y del lugar que se les asignaba en una recepción o un banquete, el único matiz que había entre dos cenas exquisitas convocadas con un año de diferencia, era que en la segunda iba una moneda de oro envuelta en la servilleta, «hecho diferencial» que la convertía en «mejor» que la primera.

En julio de 1870 publicó el drama en un acto *La rebelión*, precisamente en el mismo mes en que estallaba la Guerra Franco-Prusiana. Esta contienda fue desastrosa para Francia, obligada a firmar una paz sin condiciones en mayo de 1871. El hambre recorrió las calles y la desesperación popular cristalizó en la «Comuna de París». Ese pseudogobierno revolucionario ejerció el poder frente a la Asamblea Nacional de Versalles desde marzo hasta mayo de 1871, momento en que las tropas gubernamentales sofocaron la revuelta tras una semana sangrienta. Cayó así el Segundo Imperio, Napoleón III partió para el exilio y llegó la Tercera República Francesa.

Curiosamente, el aristócrata y realista Villiers, permaneció en París durante la Comuna e, incluso, parece ser que, según afirmó, estuvo en las barricadas como «capitán de marginados y menesterosos de La Villette». Aunque siempre nos quedará la duda de si eso fue así o fue fruto de su imaginación, ya que, recordemos, su admirado Poe también sostuvo en muchas ocasiones que había combatido en 1831 con el ejército francés en San Petersburgo, cuando, salvo en su infancia, nunca salió de los EEUU.

Como toda mala situación es susceptible de empeorar, también en 1871 moría su tía, Danièle de Kerinou, su soporte económico. Empezaron tiempos de extrema precariedad, en los que malvivió y hubo de acudir a comedores públicos para subsistir. Noctámbulo, sobrado sólo de acreedores, mal vestido pero siempre encorbatado, con porte distinguido y la Cruz de Malta colgada del cuello, con frecuencia se le vio deambular sin rumbo hasta el alba. Con ironía, los vagabundos le conocían como «el caballero del comedor de caridad».

Pero, junto a su periódico desgranar de *Cuentos*, en 1872 publicó el drama simbolista *Axël* en el que dio rienda suelta a su visión idealista del mundo, anclada en un tiempo ya pasado y sin posible retorno; un drama en el que fue capaz de meter al espectador en su propio mundo de sueños y en el que creó un arquetipo de mujer, Sara Emmanuèle de Maupers, símbolo de la altivez femenina sobre las tablas y en la vida.

En 1879 Wagner le invitó a visitar Bayreuth y conocer a Luis II, Rey de Baviera, en un acto en el que iba a actuar el gran pianista húngaro Franz Liszt. Tenía 40 años y, otra vez, tuvo que hacer malabarismos para lograr un atuendo apropiado; pero allí

se presentó y, ante la insistencia de Wagner, hubo de leer uno de sus cuentos ante un selecto auditorio. Curiosamente, Listz se vistió para el concierto como uno de los personajes de Villiers (el *doctor Tribulat Bonhomet*) y el recital fue muy aplaudido, en especial por Alexander Nikolaevitch, Gran Duque de Saxe-Weimar y futuro Zar de Rusia, Alexander II. En Bayreuth, Villiers se alojó en la casa de Wagner, donde conoció a Friederich Wilhelm Nietzsche y recibió un trato exquisito. Sorprende, o quizá no tanto, que fuera así en Alemania cuando «no existía» en su propio país.

Asimismo, fue en 1879 cuando empezó a convivir con Marie Dantine, madre de su único hijo, en una mísera habitación alquilada en la Rue des Martyrs. Y al año siguiente publicó *El Nuevo Mundo*, drama en prosa en cinco actos con el que ganó el concurso convocado para celebrar el Centenario de la Independencia de los EEUU, acogido con indiferencia y que no mejoró su situación.

Aunque les hizo partícipes de una parte de las magras ganancias que obtenía con sus textos, sus padres malvivían en un pobre apartamento. Su madre, con la que siempre estuvo especialmente unido, murió en 1882 y en su honor mandó a los periódicos una extensa nota en la que recordaba la historia y títulos nobiliarios de su familia. Una pequeña satisfacción que su padre pudo tener antes de morir en 1885.

Publicó, por fin con cierto éxito, sus *Cuentos crueles* en 1883 y empezó a escribir sus *Historias insólitas* en Le Figaro. Además, en 1884, Huysmans hizo algo excepcional entre escritores: el protagonista de su aplaudida novela *À Rebours* (*A contrapelo*) hacía referencia a Villiers y sus *Cuentos* en términos muy elogiosos. Gracias a ese acto honroso empezó a tener la consideración del público y la crítica.

No obstante, tal vez sea oportuno observar que Villiers nunca aduló a sus lectores y que siempre mostró un manifiesto desdén por los críticos. Él, que sabía de su talento literario, que se negó a hablar de dinero, que abominó la mediocridad y despreció la estupidez, no escribió para lisonjear a los unos, ni mendigar el reconocimiento de los otros. Exiliado deliberadamente en su propio país y único habitante de su extraño e íntimo mundo de imaginación, creación y sueños, desarrolló, a través de una prosa perfecta, una obra que llevaba implícita la idea de «la sintaxis como forma de moral» acuñada por Flaubert (1821-80). Una obra que, observando su peculiar forma de interpretar la vida, quién sabe si hubiera preferido contar o declamar antes que escribir.

Durante esos años continuó publicando en Le Figaro, otros diarios y hebdomadarios sus *Historias insólitas* y en 1886 sacó a la luz *El amor supremo*, 375 páginas recopilatorias de relatos, *Akëdysséiril* (magnífico poema en prosa) y la versión definitiva de su más extensa y para muchos su mejor obra: *La Eva futura* (París; Librería de M. de Brunoff). Había ido escribiendo y puliendo esta novela de ciencia ficción desde 1879 y publicado una primera parte en 1885 en el semanario ilustrado *La Vie Moderne*, hasta dar a la imprenta esta edición definitiva por la que se ganó el respeto del gran público.

En *La Eva Futura*, Villiers planteó el tema de la creación de un androide femenino y cómo esta *mujer* escapaba del control de su creador tras obtener un espíritu

superior. El protagonista de la novela, Lord Celian Ewald, idealista y apuesto caballero de 27 años, viajaba, acompañado de una hermosa pero tosca mujer, a visitar a Thomas Alva Edison (1847-1931) en su casa en New Jersey. Al ver la obsesión del joven por la perfección, el famoso inventor construía una réplica exacta, pero exquisitamente delicada, de aquella mujer. Mezclando realidad con ficción, predicciones científicas con ironía social, arias de Wagner con digresiones filosóficas, en esta sátira descarnada Villiers sugirió el advenimiento de la publicidad engañosa, base de las técnicas de manipulación de masas, e imaginó algo que la robótica y la genética parecen no estar hoy tan lejos de lograr: la duplicación o clonación de personas. En su discurso filosófico, enfrentó, a través de las dos mujeres gemelas, las dos caras de la mente del hombre: lo racional con lo espiritual. Obviamente, como el ideal sólo puede convivir fugazmente con la realidad y como ésta no puede ser modificada por el espíritu, el único punto en que ambos, espíritu y materia, podían fundirse era en la muerte del protagonista. No sorprende que algunos exégetas de la obra de Villiers hayan considerado *La Eva Futura* como una utopía fantástica de ciencia ficción, premonitoria de algo temible, pero no imposible.

Para hacernos una idea del estado de sus finanzas, procede recordar que esa novela fue escrita en la habitación que ocupaba con su mujer y su hijo de cinco años, en la que sólo había una cama, un baúl vacío, una mesa y una silla desvencijada, y que había días en que hasta carecía de recursos para comprar tinta para escribir. Pero, quijote del siglo XIX, nunca se le oyó un lamento ni estuvo ocioso.

En 1887 continuó publicando sus *Historias insólitas* y *Tribulat Bonhomet*, una obra de 258 páginas a la que definió como «una enorme y sombría bufonada, del mismo color del siglo». En 1888, La Librarie Moderne, de París, editó la recopilación de sus *Historias insólitas* y algunos relatos originales bajo el título de *Nuevos cuentos crueles*. Además, Paul Verlaine le dedicó un capítulo en su célebre *Poètes maudits* (París, 1888) en el que destacó a los escritores del movimiento «Simbolista», pro-sistas con una veta poética esencial en su prosa; precisamente ese eco interno de las palabras y la cadencia de las frases que se percibe en la obra de Villiers.

A finales de 1888, cincuenta años recién cumplidos, empezó a encontrarse mal. Harto de la capital, se trasladó a Nogent sur Marne, cerca de París, en unas condiciones igualmente precarias. No tenía apetito ni energía para escribir. A la anorexia siguió la pérdida de peso y con ellas vino la astenia invencible. A instancias de Huysmans, fue visitado en su gélida morada por el doctor Robin, quien ocultó al enfermo su sospecha de que sufría un cáncer gástrico. El dolor apareció enseguida, hasta que, para evitar a su hijo Víctor el espectáculo de su ocaso, un día sugirió a Huysmans la posibilidad de ingresar donde pudiera ser atendido. Éste hizo gestiones y Villiers ocupó una habitación en el Hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, en la Rue Oudinot, en París. Mallarmé organizó en la sombra una colecta en su favor y parece ser que tuvo cierta mejoría subjetiva y hasta hizo proyectos de volver a escribir. Pero ello fue fugaz. Huysmans, Mallarmé y un monje, el padre Silvestre, hablaron con él para que regularizara su situación con Marie Dantine. No

les fue fácil, pero lograron convencerle. Contrajeron matrimonio en su habitación del hospital y el poeta tuvo que conducir la mano de la ágrafa novia para que llenara el hueco destinado a su firma. Marie, recordando su ya lejana primera boda, susurró: «Puedo hacer una cruz como en mi primer matrimonio».

Villiers se adentró en el libro de las sombras al amanecer del 18 de agosto de 1889. El director de *Le Figaro* donó los fondos con los que sufragar su funeral y su tumba. Fue enterrado en el cementerio de Père Lachaise bajo una torrencial tormenta de verano que obligó a Leconte de Lisle a suspender su discurso de recuerdo y despedida.

Su viejo nombre, por el que en gran medida había vivido y escrito, acabó en 1901 cuando murió su hijo. Y es que, quizá, una historia de ideales, sueños y quimeras sólo puede acabar con la muerte; diluyéndose, lenta e inexorablemente, entre las brumas del tiempo, la literatura... y la inmortalidad.